

Alfonsín gobernó como arquitecto institucional construyendo sobre un piso fangoso

Entrevista a Pablo Gerchunoff¹
a propósito de su libro
«Raúl Alfonsín. El planisferio
invertido»

HUGO QUIROGA*

DANIEL COMBA**

*Director de la Revista *Estudios Sociales*

**Secretario de Redacción de la Revista *Estudios Sociales*.

Entrevista realizada a fines de mayo de 2023.

ESTUDIOS SOCIALES

[Número especial • 2023]
Voces plurales para pensar la
democracia argentina (1983–2023)

Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral
Universidad Nacional del Litoral, Argentina

ISSNe: 2250-6950

estudiossociales@unl.edu.ar

DOI: 10.14409/es.2023.64.e071

Esta obra está bajo una Licencia Creative
Commons Atribución- NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional.



Pregunta, Hugo Quiroga y Daniel Comba, Estudios Sociales

(ES): La autora del excelente prólogo de su libro prepara al lector para leer algo que está alejado de una biografía convencional, por eso concibe al libro como un «ensayo biográfico». Quizá exista una razón de género literario sin que afecte la calidad del libro. ¿Cómo leer este libro? En su artículo «Causas y azares... En más de un siglo de Historia Económica», usted define que «el ensayo es una conjetura de la razón, la mente al servicio de la búsqueda o de la argumentación de hipótesis y no al servicio de probarlas». El suyo es efectivamente un ensayo, y nos parece la obra de un historiador y analista político-económico que realiza un trabajo biográfico político sobre la personalidad de Raúl Alfonsín, sobre factores subjetivos, pero también sobre su acción de gobierno, que instaura la democracia en 1983, que tiene una enorme proyección en el tiempo presente. ¿Cuál es su apreciación al respecto?

1\ Pablo Gerchunoff. Historiador económico. Profesor Emérito de la Universidad Torcuato Di Tella y Profesor Honorario de la Universidad de Buenos Aires.

Respuesta, Pablo Gerchunoff (PG): Ustedes me preguntan cómo leer este libro. No tengo una respuesta, y en todo caso creo que los lectores no necesitan mi respuesta como guía. Seguro saben arreglárselas solos. ¿Qué me llevó a escribirlo? Para esa pregunta sí tengo respuesta: la curiosidad. Conocí a Raúl Alfonsín por azar en 1978, en una conferencia en Costa Rica, esas conferencias de las que participaban intelectuales y políticos latinoamericanos para debatir sobre el futuro de la región, gobernada en ese entonces en su mayoría por dictaduras. Me pareció un hombre inteligente, progresista y simpático, pero no hubiera apostado un peso por el rol extraordinario que tendría desde 1982 en Argentina. Lo volví a ver en 1986, cuando me convertí en un funcionario de su equipo económico. Seguía siendo aquel hombre inteligente, progresista y simpático, pero ahora era un líder magnético, hasta ese momento con aura de imbatible. Quizás yo no había sabido descubrir en aquel 1978 a ese Alfonsín con todo su potencial político y su promesa democrática. Es lo más probable. O quizás Alfonsín había cambiado, quizás se había cruzado con la historia y había entendido como nadie su sentido. A lo segundo, a la idea de que Alfonsín había cambiado, solo se la puede abordar desde la biografía, desde el ensayo biográfico. La idea del ensayo biográfico para entender a Alfonsín me asaltó cada tanto desde 2009, desde su muerte. Inexplicablemente, tomé un camino largo. En 2016 publiqué *El eslabón perdido*, un libro sobre los gobiernos radicales entre 1916 y 1930. Carlos Pagni me preguntó en un reportaje qué me había llevado a escribir ese libro. Le contesté: «Comprender a los padres políticos de Alfonsín». Ya estaba ahí la intención biográfica.

ES: Después del golpe de 1976 la mayoría de la dirigencia pensaba que no habría salida política en el futuro sin la participación de las Fuerzas Armadas. Cuando Alfonsín crea la revista Propuesta y Control, en agosto de 1976, ¿Alfonsín y los otros dirigentes no pensaban, acaso, en función de la historia argentina del siglo XX, que en verdad se había instalado un régimen político pretoriano? Recordemos los seis golpes de Estado en ese siglo, dos de ellos habían dado nacimiento a gobiernos civiles tutelados por militares durante la proscripción del peronismo. O, en otras palabras, ¿reconocer que las Fuerzas Armadas eran ya un actor político fundamental que buscaban un lugar «permanente» en el sistema político?

PG: No estoy seguro de que el concepto de régimen político pretoriano sea útil para lo que estamos charlando. Para Alfonsín no todos los golpes de Estado fueron lo mismo. Siendo radical, el de 1930 fue su primera bestia negra, y no había mucho que discutir sobre eso: el ejército aliado a la oligarquía que desalojaba del poder a un gobierno popular. El de 1943 fue un golpe fascista pero en el que él percibió una complejidad, a la que en una entrevista previa a su triunfo electoral llamó «confusión»: el ejército liderado por Perón se alejaba de los intereses oligárquicos pero, a diferencia de Yrigoyen, lo hacía en un régimen autoritario, antidemocrático. Esto fue muy importante para Alfonsín porque le permitió construir un eje conceptual: el peronismo era justicia social y autoritarismo; «su» radicalismo tenía que ser justicia social y democracia. Con la democracia se come, se educa y se cura. Alfonsín reconoció en el golpe de 1955 una experiencia personal liberadora, una oportunidad de salida democrática que se segó —por lo menos eso es lo que dijo años más tarde— con los fusilamientos de 1956 y con la proscripción del peronismo. El golpe de 1966 fue su segunda bestia negra, más tremenda que la de 1930 porque la vivió, no la leyó, ni se la contaron.

Onganía fue el derrocamiento de un presidente radical y fue un proyecto corporativista y milenarista. En la crítica a Onganía creció Alfonsín con artículos y discursos que cautivaron a muchos de sus correligionarios y atrajeron a esa juventud que luego se convertiría en su guardia de corps. En cambio, su actitud frente al golpe de 1976 fue, hasta 1978, interesante y controversial. Efectivamente, en la revista *Propuesta y Control* fustigó a la dictadura, denunció al terrorismo de Estado pero también «dialogó» con los jefes militares. ¿Fue ese diálogo el reconocimiento de un lugar «permanente» de las Fuerzas Armadas en el sistema político? Yo creo más bien que Alfonsín no quería desaprovechar ninguna oportunidad que significara avanzar, aunque fuera un paso, hacia una salida democrática, ni siquiera la conversación con los dictadores. Cuando comprendió que era inútil, cerró la revista.

ES: *La idea que prevalece en la sociedad es que se «recuperó» la democracia en 1983. El período más largo de la democracia había sido de catorce años, entre 1916 y 1930. Alfonsín, y todos, hablaba de recuperación, pero en realidad ¿no se trataría de una «instauración» de la democracia en 1983? ¿Se alude a la «recuperación» de un modelo o de una tradición democrática?*

PG: Bueno, esa es una pregunta importante. Yo creo que la experiencia que se inauguró con la ley Sáenz Peña de 1912 negociada con el propio Yrigoyen abrió las compuertas de la democracia de masas en la Argentina pero estuvo lejos de instalar la rutina de una república democrática. Ningún actor político reconocía la legitimidad de los otros y la idea de «revolución», como se la entendía en el siglo XIX y principios del siglo XX, estaba siempre latente. Radicales contra conservadores, conservadores contra radicales, radicales contra radicales, conservadores contra conservadores.

Alfonsín nunca vio de ese modo la historia de 1916–1930, creo que porque nunca la conoció bien. Se percibió a sí mismo como un yrigoyenista, yo diría casi como un caudillo yrigoyenista, cuando en realidad siempre se pareció más a Alvear que a Yrigoyen en su visión de las cosas. De modo que estoy de acuerdo. El año de 1983 no fue el de la recuperación de una república perdida, sino el de la instalación, con todos los problemas que saltan a la vista, de una nueva forma de acalorada convivencia que ya cumple cuarenta años. Estoy convencido de que es eso lo que le da a Alfonsín la estatura de padre fundador y ese reconocimiento que persiste a pesar de las enormes dificultades que atravesó su gobierno. Observada en perspectiva, la democracia argentina luce bastante sólida pese al pantano económico en que se desenvuelve, sólida incluso comparada con otras democracias occidentales de larga data.

ES: Con la recuperación de las Islas Malvinas, el 2 de abril de 1982, seis años después del golpe, usted destaca en su libro que Raúl Alfonsín cambia su agenda con los militares. Lo que hay que hacer es desterrarlos y no marchar hacia una convergencia cívico–militar. También Alfonsín se da cuenta que la «autocracia» había colapsado. Es el único dirigente político que reivindica las Malvinas, pero no sale al exterior a proclamar el apoyo por la aventura del 2 abril. Tampoco acorta la distancia con la Casa Rosada como lo hace la totalidad de la dirigencia política, además de la mayoría de los empresarios y dirigentes sindicales. La derrota militar de Malvinas ¿abre las puertas a un nuevo estilo de liderazgo democrático en Alfonsín que supo comprender el cambio de época y la recomposición de la esfera pública?

PG: Cito en el libro a Isahia Berlin refiriéndose al olfato político. La política no es una ciencia, tiene mucho de intuición. Alfonsín fue puro olfato e intuición yo diría

que desde septiembre de 1981, con la muerte de Ricardo Balbín, aquel a quien tres veces no pudo derrotar en elecciones internas, aquel a quien, digamos de paso, se pareció bastante más de lo que se ha dicho. La manifestación más impresionante de ese olfato fue su alejamiento de la aventura sangrienta de Malvinas y su convicción de que con el fracaso de esa aventura se acababa la dictadura, se acababa también el lugar central de las Fuerzas Armadas en el sistema político y se abría un espacio para juzgar a los responsables del terrorismo de estado. Pero anotemos también que Alfonsín comenzó sus conversaciones con Carlos Nino, Jaime Malamud Goti y todo el grupo de juristas sobre el castigo a los culpables en marzo de 1982, aun antes de que Leopoldo Fortunato Galtieri se lanzara a tomar militarmente las islas. Es comprensible entonces que Alfonsín les sacara un campo de ventaja a todos sus adversarios políticos, dentro de la UCR y en el Partido Justicialista. Ya el 16 de julio de 1982 llevó a cabo su primer acto político en la Federación Argentina de Box, con un discurso atractivo y bien organizado que tenía mucho de su primer libro, *La cuestión argentina*, publicado en 1980. El resto de la clase política todavía no había salido de su estupor. ¿Se puede hablar de un nuevo estilo de liderazgo democrático? Prefiero decir, hasta aquí, que fue un momento de enorme inspiración.

ES: *Con la derrota de Malvinas quedó abierto el proceso de transición democrática, sin necesidad de un pacto con los militares para el traspaso del poder. Sin embargo, y es una hipótesis, pareciera que Alfonsín deja incompleta la transición política, al no poder lograr que los militares, o un sector importante de ellos, se sometiera al poder civil, y siguiera reclamando impunidad por las atrocidades cometidas. Una transición política se completa cuando el poder militar se subordina*

completamente al poder civil. Alfonsín sufrió tres alzamientos militares, y el presidente Menem, uno. En este cuarto episodio la represión fue posible. Luego de los indultos de Menem la corporación militar obtuvo su «sentencia de impunidad» y se subordina al poder civil. ¿Cuál es su opinión sobre esta interpretación?

PG: Estoy de acuerdo. Alfonsín completó su tarea en un aspecto. Pudo entregar el mando a otro presidente elegido democráticamente. Con el fin del terrorismo de estado restableció en su sentido más profundo el monopolio estatal del uso de la fuerza. Lo pudo hacer con los comandantes de las tres juntas militares en prisión, pero la ley de obediencia debida aprobada en junio de 1987 fue, en una síntesis cruel, una amnistía acotada por el rango militar: significó presunción de inocencia hasta generales de brigada o sus equivalentes en la Marina y la Fuerza Aérea. Fue un trago amargo para Alfonsín, que vio con furia cómo quedaba libre, por ejemplo, el capitán de corbeta Alfredo Astiz. Y en efecto, la pregunta es pertinente, «el último golpe» no fue aplastado por Alfonsín sino por Carlos Menem. Ahora bien, si la transición política se completa cuando el poder militar se subordina al poder civil, yo diría que hay un momento que es una divisoria de aguas. Me refiero al 25 de abril de 1995, cuando el teniente general Martín Balza dio a conocer, sin permiso de sus superiores políticos, un documento oficial del ejército reconociendo la responsabilidad de la fuerza en actos de terrorismo de estado y manifestando arrepentimiento. Varios colaboradores de Alfonsín felicitaron a Balza. No recuerdo que Alfonsín lo haya hecho, por lo menos en público.

ES: La capacidad de gobernar es uno de los grandes temas de la vida colectiva. Usted señala que Alfonsín tenía un largo entrenamiento político de 38 años, pero que no sabía gobernar. Aun así, pesaba sobre sus espaldas la mayor responsabilidad

política de resolver cuestiones estratégicas que arrastraba el país: los militares como actores políticos, la deuda externa, la inflación elevada, la economía desquiciada, la reforma del Estado, la fortaleza de las corporaciones, especialmente la sindical. Con su propuesta de modernización democrática, abrió al mismo tiempo muchos frentes de combate en los comienzos de la transición, ¿usted no cree que tendría que haber puesto el foco en o dos tres temas estratégicos centrales, por ejemplo, la economía, la inflación y el poder militar y postergar otros temas centrales o bien todo había que hacerlo de conjunto?

PG: Muy difícil plantear un contra-fáctico en este aspecto. Alfonsín gobernó como arquitecto institucional construyendo sobre un piso fangoso, y como un fiscal severo frente a los crímenes de estado en medio de un campo militar minado. Pero además tuvo un proyecto de poder: recuperar para una fuerza política bajo su liderazgo la representación de las clases populares. ¿Era una fantasía? Probablemente lo fuera. ¿Fue esa fantasía la que hizo colapsar el Plan Austral, como nos propone Tulio Halperín Donghi en *La larga agonía de la Argentina peronista*? Yo no creo eso. La alta inflación y el final hiperinflacionario se explican por una combinación explosiva: crisis de la deuda heredada de una dictadura fallida en su intento de imponer un orden económico, y democracia naciente que abrió las puertas a las aspiraciones sociales contenidas. Y ese cuadro conflictivo fue regado en 1989 por la gasolina de la campaña desestabilizadora de Menem. Es cierto que Alfonsín y la UCR nunca tuvieron un buen diagnóstico sobre la economía que les tocó gobernar —tan distinta de la de 1963— y que el propio equipo económico de Juan Sourrouille debió aprender muchas cosas sobre la marcha y cometió sus propios errores, pero si echamos una ojeada a los documentos económicos de la Multipartidaria

fechados en 1981 y 1982, comprobaremos que ningún partido político de peso, tampoco, desde luego, el Justicialismo, tenía una visión que se apartara de la tradición nacional-popular. Quiero decir: me cuesta creer que a un Luder llegando al gobierno de la mano de Lorenzo Miguel le hubiera ido mejor que a Alfonsín en materia económica. A veces pienso que en la revisión de aquellos años —y eso se refleja muy bien en *Una temporada en el quinto piso*, el libro de Juan Carlos Torre—, quienes participamos del gobierno de Alfonsín tenemos, y teníamos en los años 80, una tendencia a la autoflagelación. Te propongo un ejercicio: si hiciéramos desaparecer de la faz de la Argentina los años hiperinflacionarios de 1989 y 1990, la inflación promedio anual entre 1944 y 2022 sería todavía de 48 % anual. Y ni siquiera estoy refiriéndome a un fenómeno exclusivamente argentino. Para esos mismos 78 años la inflación brasileña es idéntica a la argentina. Tenemos mucho que aprender de nosotros mismos.

ES: El Discurso de Parque Norte fue el mensaje que el presidente Alfonsín leyó ante el plenario de delegados al Comité Nacional en diciembre de 1985. Elaborado por el denominado Grupo Esmeralda, constituido por intelectuales, periodistas y afiliados al partido radical. Los grandes temas propuestos por el gobierno radical fueron: democracia participativa, modernización y ética de la solidaridad. El discurso socialdemócrata de Alfonsín de Parque Norte no lograba convencer a buena parte del espacio progresista ni a amplios sectores de su propio partido, más inclinados hacia una visión más popular, que a una tradición política liberal. En 1990 lanza la segunda época de Propuesta y Control, en la que sigue reivindicando el concepto de «democracia Social», como usted lo explica en su libro. ¿Alfonsín libra o sigue librando una batalla en el interior de su propio partido sobre una idea socialdemócrata?

PG: No tengo claro cuánto importó el Discurso de Parque Norte en las decisiones políticas de Alfonsín, y digo esto pese a la estrecha relación que mantuvo todo el tiempo con los integrantes del Grupo Esmeralda. En todo caso, Alfonsín siempre desconfió de la palabra «modernización», e intentó darle un contenido propio, bastante brumoso y cambiante en el que brillan los tratados comerciales con Brasil como antecedentes tangibles del Mercosur. En cambio, «democracia participativa» y «ética de la solidaridad» eran trajes que le caían bien, pero los difíciles años de su gobierno daban poco margen para tornar operativos esos conceptos. En todo caso, Parque Norte quizás haya sido, en el maravilloso diciembre de 1985, con las Juntas Militares condenadas y el Plan Austral en su zenit, una herramienta para homogeneizar y disciplinar a su partido, bastante poblado de dirigentes desconfiados de todo lo que oliera a socialismo. A comienzos de la década del 90, con Menem en el gobierno, Alfonsín ya estaba pidiendo a sus colaboradores un nuevo «discurso fundacional» con un foco más nítido en la crítica a las políticas «neo-conservadoras» y en la denuncia —siempre presente en él— de las desigualdades «norte-sur». Eso no quiere decir que el anclaje socialdemócrata no fuera central. Educado por su madre, Ana María Foulkes, en una visión cercana al progresismo cristiano, lo más próximo que había a eso en la circulación de las ideas del mundo era lo que provenía de la Internacional Socialista. El problema fue el desfasaje temporal. Alfonsín fue un socialdemócrata de los años 60 injertado en la Internacional Socialista de finales los años 90, cuyas estrellas eran Tony Blair, Gerhard Schröder, en parte Felipe González, ya fuera del gobierno español. El mercado produce, el Estado distribuye, la eficiencia importa, los equilibrios macroeconómicos son sagrados. Nada de eso le servía para su combate contra el menemismo, y tampoco

para imponer sus concepciones en la Alianza, que para noviembre de 1999 en el que Alfonsín fue nombrado vicepresidente segundo de la Internacional, estaba a un mes de asumir el gobierno.

ES: *La otra gran propuesta de modernización democrática de Alfonsín fue la reforma constitucional. Para ello creó por decreto en diciembre de 1985 el «Consejo para la Consolidación de la Democracia», dirigido por el filósofo del derecho y la política Carlos Nino. Alfonsín promovía un régimen de carácter semipresidencial. En octubre de 1986 el Consejo elevó al Presidente un Dictamen Preliminar sobre la conveniencia, oportunidad y alcance de la reforma. Con la derrota de Cafiero en las elecciones internas por Carlos Menem se produce un vuelco en el consenso obtenido entre los dos partidos mayoritarios. La reforma constitucional recién podrá celebrarse en 1994, luego del controvertido Pacto de Olivos entre Alfonsín y Menem. En su opinión ¿cuáles fueron las consecuencias políticas de esa reforma en el corto y en el largo plazo?*

PG: Digo en el libro que Alfonsín tuvo dos momentos de inspiración que, en conjunto, modelan el sistema institucional en que vivimos. Lo subrayo. En términos institucionales vivimos «la época Alfonsín». Quizás la consigna «cien años de democracia» no era un disparate. No es poco para una sola persona. De la inspiración de 1982–1983 ya hablamos. Es la inspiración democrática. Hablemos ahora de la inspiración republicana. Es cierto que todo comenzó en ese famoso diciembre de 1985 con el decreto que creó el Consejo de Consolidación de la Democracia. La idea central era avanzar hacia un régimen semipresidencial en el que seguramente Alfonsín aspiraba a ocupar el cargo de jefe de gobierno. Cumpliría así su palabra de no jugar la carta «peronista» de la reelección, pero se mantendría en el poder. Has explicado que todo eso fracasó. Pero vale

la pena avanzar entonces a noviembre de 1993, esto es, al Pacto de Olivos. ¿Qué fue el Pacto de Olivos? Fue un intercambio político en el que Menem obtuvo su objetivo de corto plazo —la reelección— y Alfonsín obtuvo una reforma constitucional que fijó las reglas de juego de largo plazo. ¿Podía Alfonsín bloquear la reelección de Menem? No podía, porque buena parte de su partido iba a acompañar de cualquier modo la iniciativa del mandatario riojano para que fuera el antecedente que legitimara la reelección de varios gobernadores radicales. En cambio, podía ofrecerle a Menem un «lavado de cara» de la reelección, impregnándola con tintes consensuales, a cambio de introducir en la reforma buena parte de sus iniciativas de 1986. Así se concibió la constitución de 1994. Quiero dejar en el fondo del paisaje la aprobación por parte de la convención constituyente de iniciativas excelentes pero «neutrales» desde el punto de vista de la distribución del poder (la eliminación del requisito confesional para ejercer la presidencia de la nación, el restablecimiento de la patria potestad compartida, la incorporación de los tratados de San José de Costa Rica) para poner en un primer plano aquellas que en un plazo más largo cambiaron el balance de poder en contra del Poder Ejecutivo y a favor del Congreso, y en contra del peronismo y a favor... creía Alfonsín que del radicalismo. Estamos hablando, entre otras cosas, de la elección directa de tres senadores por distrito, dos por la mayoría y uno por la minoría, de la extensión de cuatro meses en el período de las sesiones ordinarias de las cámaras del Congreso, de la creación de un organismo de control externo de la administración pública cuya presidencia ejercería una persona propuesta por el principal partido de oposición, de la autonomía de la ciudad de Buenos Aires con elección directa de su jefe de gobierno. Es interesante que todo fuese criticado dentro del propio radicalismo,

incluso por aquellos que, como Fernando de la Rúa, se beneficiaron inequívocamente con la reforma. Y más interesante resultó que Alfonsín, el persuasivo y cautivante orador de Chascomús, perdió la batalla por el sentido de los hechos. Por primera vez, el radicalismo quedó en tercer lugar en las elecciones presidenciales de 1995, detrás de una coalición política, una de cuyas banderas principales fue el repudio al Pacto de Olivos.

ES: Para finalizar, una pregunta sobre la situación actual de la Argentina. Quizá estemos viviendo la peor crisis desde 1983, por suerte sin estallidos sociales. Hoy, le toca por primera vez al peronismo afrontar la situación de los salarios caídos, la inflación galopante, realizar un ajuste en tarifas, el aumento desmedido de la pobreza. ¿Cuál es el futuro para Argentina, pensando en términos de escenarios probables? La Argentina hace muchos años que no progresa. La confianza que se ha perdido es el cemento de la sociedad. ¿Cuáles son las condiciones necesarias para implementar un plan de estabilización? ¿Un ajuste positivo?

PG: El pasado y el presente son muy oscuros desde el punto de vista económico y social. El futuro es un misterio. Sin embargo, quisiera marcar lo siguiente. Por primera vez en mucho tiempo aparece una esperanza productiva en el horizonte, una esperanza fundada en la minería emergente de oro, plata y cobre que siempre soñamos los argentinos pero que nunca tuvimos, en la energía limpia, en el gas de los yacimientos de Vaca Muerta, en un nuevo salto innovador en el campo, en la economía del conocimiento. De acuerdo. Eso existe. Todas las fuerzas políticas se esperan en un discurso notablemente convergente cuando se moderan los gritos. Pero no exageremos. No vamos a convertirnos en un país rico, moderno, diversificado e incluso por eso. Nunca fuimos un país

rico. Alguna vez fuimos más inclusivos. A lo que podemos aspirar es a revertir la tendencia a la depresión y a la disgregación, nuestra marca distintiva desde 2013. Luego veremos si se trata de un patrón de crecimiento, palabras mayores. Pero aun para alcanzar ese objetivo en apariencia modesto hay que domar el potro salvaje de una macroeconomía desquiciada, que es el indicador de un disenso distributivo profundo. ¿Podremos? Gobernar no es imponer. Gobernar es explicar. Gobernar es persuadir. Eso es mucho más difícil que producir litio. En las palabras de Alfonsín, comunes denominadores para producir litio vamos a encontrar rápido. Comunes denominadores para encontrarnos en una disciplina colectivamente aceptada todavía; parece magia.